

## Alemanas, pietistas y autobiográficas



EL ESTUDIO DE LAS AUTOBIOGRAFÍAS escritas por mujeres se abre campo en Alemania con este nuevo aporte, centrado en el siglo XVII. Las órbitas del estudio son variadas, pues abarcan la teoría (muy marcada por un feminismo de género que no comparto), el pietismo luterano, las monjas durante la Guerra de los Treinta Años y los libros de recuerdos y crónicas familiares redactados por mujeres.

El menos típico y, por ello, más significativo, es el aporte de las mujeres que participaron de la vida religiosa por medio de la escritura, es decir, de modo público y en la proximidad de una tarea tópicamente viril: pensar la religión. En especial, cabe subrayar la época de disputas teológicas generadas por la Reforma protestante, con su secuela de polémicas, conversiones y guerras.

Johanna Eleonora y su marido Johann Wilhelm Petersen, en *Conversaciones del corazón con Dios* (1689), proponen dos autobiografías en cuya disparidad puede leerse -aunque la autora ofrece reparos a tal lectura- la diferencia entre textos de mujer y de varón. Ella ocupa 70 páginas y él, 400. Se advierte un rasgo del autobiografismo femenino de la época: su forma fragmentaria frente al sesgo cíclico y compacto del equivalente masculino. De todos modos, con su rigor ascético, su fe en la resurrección y su tendencia a una devoción íntima, el pietismo luterano prefigura el subjetivismo autobiográfico de 1800. Kormann huye de las ideas convenidas: autonomía, heteronomía, interioridad. Prefiere hablar de *heterología*: un modelo exterior de conducta, controlado por una religión interiorizada, que anuncia la construcción de una subjetividad porque no es armonioso sino conflictivo y biográfico.

En efecto, Johanna se confiesa aunque no da una relación concreta y minuciosa de sus pecados sino una general admisión de su conducta pecadora. Es una *confessio peccati* pero destinada a funcionar como *confessio laudis*, la alabanza de ese Dios que, desde pequeña, la ha empujado

silenciosamente hacia el bien. Vaya la pintoresca anécdota: una nena de cinco años que implora al Señor la convierta en prostituta. Junto a esta puntualización, no hay datos de familia, lecturas y educación de Johanna. Parece querer ocultar ciertas noticias sobre los manejos y duplicidades del marido como párroco, sus lecturas heterodoxas (Jacob Boehme), sus disputas teológicas con los jesuitas, la militancia en el fulcro del pietismo de su tiempo, las relaciones escandalosas de la pareja con la visionaria Rosemunde von Asseburg. Muy sutilmente, Johanna hace lo que Kormann denomina su *psicografía*: el recuerdo de un padre cruel, odioso y perseguidor, compensado por un Dios de virtudes opuestas. Esto conduce a relaciones triangulares, bien con una mujer como la citada o con un varón, el maestro teólogo Spener. No es su único detalle irregular: también se sospecha que su ahijado es un hijo que tuvo de soltera.

Johanna era todo menos una mujer corriente. Sabía hebreo y griego, podía leer las Escrituras en su original y comentarlas con los colegas del marido. No se sometía a su conducción intelectual sino que la pareja se entregaba a la conducción divina por medio del Libro interpretado según la fe de cada cual. Su estilo es llano y despojado, nada barroco, y resuelto en una alemán que, con matices ortográficos, resulta moderno. Hay hasta un esbozo de periodización en la estructura vital: infancia, matrimonio y muerte de la madre jalonan sus capítulos, donde aparece una juvenil experiencia cortesana.

Más curioso y con su punto novelesco es el caso de Anna Vetter, cuya autobiografía conocemos por el mayor teólogo del pietismo, Gottfried Arnold, en su *Historia imparcial de la Iglesia y sus herejes* (1729), en la que transcribe aquella. Mucho tiempo se tuvo el texto por invento de Arnold pero se concluyó probando que Anna había existido de verdad y que su escrito, aunque controlado y pulido por Arnold, se podía leer desde la verosimilitud. Fue una mujer de juventud divertida, que tuvo amantes, frecuentó la corte, soportó asedios de los soldados y acabó como devota, profeta y visionaria. Casada con un hombre alocado y borracho, tuvo de

él cinco hijos y empezó a visionar en su sexto embarazo. Es difícil saber si lo que cuenta lo vivió o lo deliró. Hoy la mandaríamos a una consulta psiquiátrica pero, en su tiempo, se la consideró sospechosa de brujería y hasta dotada de un carácter hechicero y masculino, con lo cual aparece la alianza de la escritura femenina y la virilidad, pues no se consideraba a la mujer «naturalmente» escritora.

Las visiones y sueños de Anna -el sueño, en el barroco, es un modo de instrucción mística y así se da ya en Johanna- tienen referentes muy corpóreos y hasta seminales. Ve el rostro del Demonio entre la gente y presencia el desfile apocalíptico: el Cordero Pascual, la Gran Bestia, animales escorpiónicos, etc. Narra las hambrunas de la guerra y propone recetas de cocina. Ve una ciudad que es como una mujer embarazada que pare multitudes. Ella misma se sueña inseminada por su cuenta, como un hermafrodita. Pero, en fin, aunque creyente en el amor de Dios como Gracia, algo típico del luteranismo, no deja de protestar porque se le prohíba subir a una cátedra y ejercer la prédica, por ser mujer. En un registro menos controlado, nos recuerda la imaginería, tan carnal y hasta erótica, de nuestra Teresa de Ávila.

Otras autobiógrafas intervinieron en polémicas teológicas más abiertamente: Barbara Cordula, viuda de Astmann, predicador luterano, era de origen católico y explicó su conversión; Martha Elisabeth Ziller, en *Causas fundamentales* (1678), terció en la polémica sobre la confesión, asumiendo nada menos que el papel de María Magdalena. Su texto es una confesión cotidiana que va conformando una subjetividad.

El XVII fue un siglo de guerras religiosas. Baste recordar la de los Treinta Años. Kormann recoge seis memorias de monjas que hicieron la crónica personal de los desastres de la guerra: matanzas, hambrunas, asaltos, violaciones, escasez de alimentos, carestía y mercado negro, todo compensado, en lo posible, por la caridad de los conventos, su medicina, su gastronomía de emergencia. No dejan de ser identidades regulares -la mujer sólo podía ser

esposa, monja o furcia- pero metidas en circunstancias irregulares que ponen a prueba su eficacia profesional y su hondura creyente.

Otro rol previsto que da lugar a escritura autobiográfica es el género, de origen italiano y bajomedieval/renacentista, de las *ricordanze*, libro de familia que las amas de casa llevaban de generación en generación, con un tesoro de informaciones acerca de la crianza de los niños, las fiestas de familia, la pediatría de la época, las liturgias domésticas, el sentido del matrimonio -devoción de ella, dilección de él-, los negocios de la burguesía, la presencia de la mujer en la vida financiera y su exclusión

del comercio y la artesanía. En fin: se trata de mujeres que decidieron escribir la historia dentro del campo visual de sus vidas personales.

El libro de Korman, minucioso de datos y de literatura derivada, es un animado y picante panorama donde vemos desfilar a unas mujeres que, sin poder zafarse de la heterología de su tiempo, abrieron una grieta en el muro doméstico y se imaginaron, por medio de la letra escrita, sujetos de otra historia, aquella donde vivieron, a su manera, su verdadera existencia.

Blas Matamoro